

DIA VEINTE Y CINCO.

SANTIAGO, APÓSTOL, LLAMADO EL MAYOR.

Santiago, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, se llama el Mayor porque fué llamado al apostolado antes que el otro Santiago, obispo de Jerusalem, hijo de Alfeo, que por esta misma razon se llama el Menor, y su fiesta se celebra el dia primero de mayo.

Nuestro Santiago el Mayor fué hijo del Zebedeo y de María Salomé, hermana mayor de san Juan evangelista. Nació en Betsáida, ciudad de Galilea á dos leguas cortas de Cafarnaum, situada sobre la orilla septentrional del lago de Genezareth, llamado tambien el mar de Tiberiades. Créese que tenia diez ó doce años mas que el Salvador del mundo, y su hermano Juan seis años menos. Vivian con su padre en Betsáida, patria de entrambos, como tambien de san Pedro, de san Felipe y de san Andrés. Eran de oficio pescadores, aunque Origenes llama barqueros á Santiago y á san Juan, porque tenian un barco ó una barca propia en que pescaban á las órdenes de su padre; pero san Pedro y san Andrés son llamados simplemente pescadores, porque, no teniendo barca ni barco propio, pescaban á jornal para el patron de alguna lancha.

Su madre Salomé, una de las primeras mujeres que siguieron á Cristo, era muy piadosa, y por lo mismo era tambien virtuosa toda su familia, la cual no dejaba de distinguirse por su virtud, á pesar de su humilde condicion. San Epifanio es de sentir que Santiago era discípulo de san Juan Bautista, y que fué aquel á quien su maestro envió con la embajada al

Salvador. Sea de esto lo que fuere, es cierto que, luego que comenzó á predicar el Hijo de Dios, Santiago y san Juan fueron los que se dieron mas prisa por oírle, aunque no le siguieron hasta algunos meses despues.

Estaban un dia los dos hermanos en el barco con su padre, y todos estaban muy tristes, porque, habiendo trabajado toda la noche, nada habian pescado, cuando llegó el Señor á la orilla del lago acompañado de una inmensa multitud de gente que le seguia. Por librarse de la opresion, se metió en el barco donde estaba Pedro, y mandándole pasar adelante hasta alta mar, le dijo que echase las redes con toda confianza. Cayó tanta pesca, que se rompian las redes, y llamaron en su socorro á los que estaban en el barco mas inmediato. Eran estos Santiago y Juan, con los que pescaban á sus órdenes. Acudieron pronto, y se llenaron tanto los dos barcos, que faltó poco para que ambos fuesen á fondo. Atónitos de este prodigio, llevaron los barcos á tierra, y resolvieron dejarlo todo para seguir á Jesucristo, como con efecto lo ejecutaron muy presto.

Caminaba un dia el Salvador por la orilla del lago de Genezareth, y llamando á Pedro y á Andrés, les mandó que le siguiesen. Un poco mas adelante vió á Santiago y á Juan dentro del barco con su padre el Zebedeo, los cuales todos estaban componiendo las redes; dijoles lo mismo que á Pedro y á Andrés, y los dos hermanos le siguieron con tanta prontitud, que ganaron el corazon del Señor. Sin detenerse un momento, dejaron las redes, el barco, los compañeros que ganaban la vida con ellos, y á su mismo padre, obediencia pronta y generosa, que junta á tan perfecto desasimiento, contribuyó no poco al particular amor que en todas las ocasiones mostró Cristo despues á los dos hermanos.

Desde luego conocieron todos que Santiago era uno de los discípulos mas favorecidos. Pocos milagros hizo el Salvador de que él no fuese testigo. Hallóse presente cuando sanó á la suegra de san Pedro. En la resurreccion de la hija de Jairo, príncipe de la sinagoga, tambien quiso el Hijo de Dios que le acompañasen san Pedro, Santiago y san Juan, tres discípulos particularmente amados suyos, á quienes por todo el discurso de su vida distinguió con singulares demostraciones de amor y de ternura.

Fué muy especial la que les manifestó en el Tabor, llamándolos para testigos de su gloriosa transfiguracion. Esta eleccion, para mostrarles una parte de su gloria, fué la mayor distincion que les habia heche desde que estaban en su divina escuela. En vista de tan repetidos testimonios de la preferencia que lograbán en los cariños del Señor, se alentaron ellos y su madre á una pretension que no los acreditaba de muy perfectos, manifestando bien que hasta la venida del Espiritu Santo no formaron concepto adecuado y justo de las verdades y de las máximas espirituales de la religion. Acababa de decirles el Salvador que los doce apóstoles se habian de sentar en doce tronos para juzgar las doce tribus de Israel; pero no les habia expresado quiénes habian de estar mas cerca de su persona. No ignorando la madre de Santiago y de san Juan el particular cariño que mostraba siempre á sus dos hijos, creyó que le podia pedir con toda confianza los dos primeros tronos para ellos. Presentóse, pues, ante el Señor la buena mujer en medio de los dos hijos, y adorándole con toda reverencia, le dijo que tenia que pedirle una gracia. Habida licencia, añadió: *Señor, todos tres os hacemos una misma peticion; esto es, que, cuando esteis en vuestro reino, dispongais que uno de mis hijos se siente á vuestra mano derecha, y el otro á la siniestra.* No contextó el Salvador

directamente á la madre, sabiendo muy bien que hablaba en nombre de sus hijos, y así dirigiendo á estos la palabra sin reprenderles su ambicion, se contentó con instruirlos, dándoles en esta ocasion aquella admirable leccion de humildad, que es el fundamento del verdadero mérito, y asegurándoles que, si querian ser los mayores en el reino de los cielos, era menester que bebiesen primero su cáliz, y que se hiciesen pequeños y humildes en este mundo.

Aunque el zelo de los dos hermanos no era todavía el mas puro ni el mas arreglado, no por eso era menos ardiente ni menos tierno el amor que profesaban á Jesucristo. Cerca de seis meses antes de la pasion, caminando por Galilea á Judea, quiso entrar en un pueblo de Samaria, cuyos habitantes le cerraron las puertas por saber que iba á Jerusalem, lo que no podian tolerar los samaritanos despues del cisma. Irritados Santiago y san Juan en vista del desaire que se hacia á su Maestro, le dijeron que si les daba licencia harian bajar fuego del cielo para exterminar aquellos insolentes. Reprimió el Salvador su demasiado ardimiento, enseñándoles que el espiritu del Evangelio que les anunciaba no era de rigor como el de la ley de Moisés, sino espiritu de dulzura y de caridad; y aun se cree que, cuando dió á los dos hermanos el nombre de *Boanerges*, que quiere decir *hijos del trueno*, aludia al ardor y á la fogosidad de su impetuoso zelo.

Grande fué sin duda el favor que hizo el Señor á Santiago en escogerle para testigo de las glorias del Tabor; pero no fué menor el que le dispensó llevándole tambien para que lo fuese en las agonias del huerto. Fué este bienaventurado apóstol uno de los tres que acompañaron al Salvador en el huerto de las Olivas para servirle, digámoslo así, de consuelo en aquella mortal tristeza; queriendo el Señor hacer

con él esta nueva demostracion de su ternura hasta el dia antes de su muerte; pero de mayor consuelo fueron las que hizo despues de su gloriosa resurreccion. Hallóse presente Santiago á todas sus frecuentes apariciones, teniendo parte en las instrucciones y en las pruebas de bondad que dió el Salvador á sus discipulos.

Despues que los apóstoles recibieron al Espíritu Santo, ninguna cosa fué capaz de contener el zelo de Santiago. Corría las ciudades, villas y aldeas de la Judea para anunciar á sus hermanos la fe de Jesucristo. Es constante y muy autorizada tradicion de todas las iglesias de España que Santiago fué su primer apóstol, y que antes que los apóstoles se separasen para anunciar el Evangelio en todo el universo, viendo que despues de la muerte de san Estéban no se podia predicar á Jesucristo en la Judea, Santiago se embarcó, pasó los mares, y llevó á España las primeras luces de la fe. Venérase aun en Zaragoza el sagrado pilar sobre el cual cree la devota piedad muy fundadamente que se le apareció la santísima Virgen, estando aun en vida mortal esta Señora, y le mandó construir en aquel mismo sitio una capilla dedicada á su santo nombre, asegurándole tomaba desde luego bajo su especial patrocinio una nacion que hasta el fin de los siglos habia de ser muy devota suya. Despues volvió Santiago á Judea, donde trabajó con extraordinario zelo en anunciar la fe de Jesucristo. Por su elocuencia, por su valor, por la fuerza de sus razones, y por la milagrosa mocion que acompañaba á sus discursos, confirmado y autorizado todo con gran número de milagros, hizo grandes conversiones.

Alborotóse toda la nacion en vista de tantas maravillas, y se amotinó furiosamente contra Santiago. Hicieron los judíos todo lo que pudieron para per-

derle. Valiéronse de dos famosos magos, Filetes y Hermógenes, que prometieron vencerle y desacreditarle delante de todo el pueblo con sus artificios; pero sucedió todo lo contrario: luego que el santo habló, se convirtió Filetes, y Hermógenes quedó convencido del ningun poder de sus encantos y de la maravillosa virtud del apóstol.

Pero los judíos principales no por eso depusieron su encono ni su animosidad. Un dia que hablaba al pueblo con grande fuerza acerca de la divinidad de Jesucristo, probándola con el cumplimiento de las profecias, echaron mano de él, y despues de haberle maltratado le llevaron á Herodes Agripa, rey de Judea, nieto del que hizo morir á los inocentes, y sobrino del otro Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, que quitó la vida á san Juan Bautista.

Era Agripa poco grato á los judíos, y hacia tiempo que solicitaba ocasion de darles algun gusto para congraciarse con ellos. Parecióle no podia lograr otra mas oportuna que la de sacrificar á su odio al que consideraban como cabeza de la religion cristiana, y por uno de los mas zelosos discipulos de Jesucristo. Sin otras pruebas le sustentó su causa, y le sentenció á que le cortasen la cabeza. San Clemente Alexandrino, que floreció al fin del segundo siglo, asegura que el judío que le prendió, viendo la generosidad con que confesaba á Jesucristo, se sintió tan movido, que confesó era tambien cristiano, y que por esta confesion fué condenado al mismo suplicio. Cuando los conducian al lugar destinado para la ejecucion, el nuevo confesor de Jesucristo se arrojó á los piés del santo apóstol, y le pidió perdon. Abrazóle Santiago tiernamente, y le dijo: *La paz sea contigo*; de donde se dice tuvo principio la ceremonia que usa la Iglesia en el santo sacrificio de la misa, valiéndose de las mismas palabras para dar la paz al pueblo

antes de la comunión. Llegados al lugar del suplicio, Santiago hizo oración, dando gracias al Señor por la honra que le hacía de que derramase su sangre por la gloria de su nombre, y que fuese el primer apóstol que padeciese el martirio por su santo amor. Sucedió el año 44 de Jesucristo, hácia el tiempo de la Pascua, y fué degollado en compañía del otro que entró á la parte en la misma corona. Afirma san Epifanio que Santiago fué perpetuamente vírgen como su hermano san Juan, y que por esta razón merecieron los dos el singular amor que el Salvador les profesó.

Después de la muerte del apóstol, que sucedió en Jerusalem, los cristianos enterraron su cuerpo en la misma ciudad, donde se asegura estuvo poco tiempo; y se cree que los discípulos que le fueron siguiendo desde España retiraron el santo cuerpo, y embarcándose con él, aportaron á Iria Flavia, hoy Padron, pueblo de Galicia, donde estuvo oculto aquel precioso tesoro todo el tiempo que duró la inundación de los bárbaros hasta el principio del noveno siglo. Entonces se descubrieron milagrosamente las santas reliquias en tiempo de don Alfonso el Casto, rey de Leon, aliado de Carlo Magno. Aquel piadoso monarca las hizo trasladar á Compostela; y para autorizar mas un lugar que ya era célebre en el universo por la devoción y concurso de los fieles, el papa Leon III trasladó la silla episcopal de Iria á Compostela, adonde continúa la concurrencia de peregrinos y extranjeros de todo el mundo cristiano después de ochocientos años, publicando lo mucho que puede con Dios el santo apóstol; de manera que, después de la peregrinación á Jerusalem y á Roma, no hay otra mas solemne en toda la cristiandad.

Glorianse algunas iglesias de Francia de poseer alguna parte de las reliquias de nuestro grande apóstol, y aun alguna pretende ser depositaria de su sagrado

cuerpo; pero los mismos franceses desprecian esta pretension acreditándolo con los innumerables peregrinos que de toda aquella nación, mas que de otra alguna, concurren cada año en tropel á Compostela. No caben en el guarismo las singulares gracias que España ha recibido siempre de este gran santo. Sobre todo reconoce deberle las victorias mas señaladas que ha conseguido de los enemigos de la religión; y después de Dios recurre continuamente á su protección en todas las calamidades públicas.

En Jerusalem, á trescientos pasos de la puerta de Sion, hay una iglesia dedicada á Santiago, siendo una de las mas hermosas y mas capaces de aquella santa ciudad. La cúpula que está en medio se eleva y se sostiene sobre cuatro grandes pilares, rasgada en la parte superior con dilatadas claraboyas, á manera de la del santo sepulcro, que la llenan de extraordinaria claridad. Vense de frente hácia la parte oriental tres magníficos altares, seguidos unos de otros; y á mano izquierda al entrar por la nave hay una capillita en el mismo sitio donde se cree fué degollado el apóstol por mandado de Herodes, porque antiguamente era la plaza del mercado. Pertenece esta iglesia á los armenios, que tienen allí un monasterio con un obispo, y con doce ó quince monjes para celebrar los divinos oficios. Dicese que así la iglesia como el monasterio son fundación de los reyes de España para hospedar á los peregrinos españoles. Hay en España la orden militar de Santiago, fundada por el rey don Fernando II el año de 1175. Llámanse por su excelencia *la Noble*, y disputa la antigüedad con la de Calatrava: tiene tres grandes prioratos, el de Castilla, el de Leon y el de Montalban, con otras ochenta y cinco encomiendas; y el rey es el gran Maestre de la orden.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de Santiago apóstol, hermano de san Juan evangelista, que fué decapitado por Herodes Agripa hácia la fiesta de la Pascua. Sus preciosas reliquias, llevadas de Jerusalem á España y depositadas en Compostela, á diez leguas del mar, en el reino de Galicia, son veneradas por los moradores devotos con celebridad, y por los muchos peregrinos cristianos que iban allá piadosos á cumplir sus votos.

En Licia, san Cristóforo, mártir, el cual, habiendo sido, bajo el emperador Decio, acardenalado con barrillas de hierro, y librado por el poder de Jesucristo de la violencia de las llamas, fué al cabo asaeteado, y decapitado consumó así su martirio.

En Barcelona en España, san Cucufate, mártir, que, durante la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Daciano, habiendo sufrido muchos tormentos, fué pasado á cuchillo, yéndose así victorioso al cielo.

En Palestina, san Paulo, mártir, que en la persecucion de Maximiano Galerio bajo el presidente Firmiliano, fué condenado á perder la cabeza. Habiendo conseguido algunos instantes para orar, rogó á Dios de todo corazon, primero por sus paisanos, luego por los judíos y los paganos para que viniesen en conocimiento de la verdad; despues por cuantos le rodeaban, y en fin por el juez que le habia condenado y el verdugo que le iba á ajusticiar. Al punto este le cortó la cabeza, y quedó nuestro santo coronado con el martirio.

En el mismo lugar, santa Valentina, virgen, que, llevada al altar para inmolar á los ídolos, y habiéndolos derribado con el pié, fué cruelmente atormentada, y despues habiendo sido arrojada al fuego

con otra virgen compañera suya, voló hácia su celestial esposo.

En Forconio en el Abruzo ulterior, san Florente y san Félix, mártires, naturales de Siponto.

En Córdoba, san Teodomiro, monje y mártir.

En Tréveris, san Magnerico, obispo y confesor.

En el país Mulciano en un pueblo de la diócesis de Meaux, que llamaban Cubtas, en el reino de Francia, el fallecimiento de san Urso, obispo de Troyes.

En dicho día, san Evrolo, abad de san Fusciano del Bosque, cerca de Amiens.

En Metz, santa Glosina, virgen, abadesa.

En este mismo dia, el natalicio de santa Ana.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Obolo y sus compañeros hasta el número de doscientos y sesenta mártires.

En Constantinopla, el natalicio de santa Olimpiada, virgen y viuda.

En la Tebáida, la muerte de santa Eufrasia, religiosa, virgen de Constantinopla.

En Milan, san Laurente, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Esto, Domine, plebi tuæ sanctificator et custos: ut beati Jacobi apostoli tui munita præsidis, et conversatione tibi placeat, et secura mente deserviat. Per Dominum nostrum...

Santifica, Señor, y guarda á tu pueblo, para que amparado de la proteccion del beato apóstol Santiago, te agrade con el arreglo de su vida, y te sirva con tranquilidad de espíritu. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 4 de la primera á los Corintios.

Fratres: Puto quòd Deus nos apostolos novissimos ostendit, tanquam morti destinatos: quia spectaculum facti sumus

Hermanos: Pienso que Dios nos manifiesta á nosotros como los últimos apóstoles destinados á la muerte: porque hemos

mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhuc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo. Nam si decem milia pædagogorum habetis in Christo: sed non multos patres. Nam in Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.

sido hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed; y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos míos muy amados. Porque, aunque tengais diez mil preceptores en Cristo, mas no muchos padres. Porque yo os engendré en Cristo Jesus por medio del Evangelio.

NOTA.

« Teniendo noticia san Pablo de que el espíritu de vanidad, de zelos, de parcialidad y de division se habia apoderado de los Corintios, les escribió esta admirable epistola, que no bastó para curarlos de estos achaques, porque, escribiéndoles algunos años despues san Clemente papa, todavia los reprehende por su vanidad, por su orgullo, por sus disputas, por sus pleitos, por sus divisiones y por su genio cismático. »

REFLEXIONES.

¿Adónde se fué aquel primitivo espíritu que animaba á los apóstoles y á los primeros fieles? ¿aquel espíritu de humildad que les inspiraba tan bajo concepto de sí mismos; aquel espíritu de mansedumbre con que se compadecian de las ajenas miserias; aquel espíritu de mortificacion que los inclinaba á vivir y morir en una continua cruz, á triunfar con alegría entre el fuego de la persecucion; aquel espíritu de caridad con que correspondian á los ultrajes con oraciones y con beneficios; aquel espíritu de recogimiento y de retiro que los movia á suspirar por el desierto y por la soledad? Este es el espíritu de Jesucristo, que él mismo vino en persona á derramar en todos sus hijos; este es el que animó á todos los santos, y este el que caracteriza y distingue á sus verdaderos discípulos. Pero ¿es este nuestro espíritu? ¿reina el día de hoy en todas las condiciones, en todas las comunidades, en todas las familias? No declamo ahora en tono plañidor y lastimero; no me valgo de exclamaciones, de ayes ni de gemidos estudiados; propongo única y precisamente unas reflexiones sencillas y naturales, que por sí mismas se representan á la razon, y la conducta general de los hombres nos pone cada dia delante de los ojos. Dígase la verdad; ¿se consideran estas máximas del Apóstol como principios sobre los cuales se ha de fundar toda la cristiana filosofía? Pero si no se sigue esta doctrina, ¿no nos dirán las gentes del mundo, en que escuela aprendisteis unas máximas tan contrarias á las de Jesucristo, tan opuestas al Evangelio, tan repugnantes al espíritu de nuestra religion? En punto de filosofía evangélica ¿se piensa hoy en el mundo como pensaban los primitivos cristianos? Y aun aquellas personas que por profesion están consagradas á

Dios, ¿no han degenerado del primitivo espíritu de su instituto? ¿se quedan precisamente entre las gentes del mundo la indevoción, los abusos y la relajación? Pero al fin, ello es cierto que el Evangelio no ha envejecido; los mandamientos de la ley se conservan en su primer vigor; los ejemplos de los santos son nuestros modelos, y tanto lo son hoy como siempre. Todo el mundo ve la desproporción y la poca semejanza que hay entre los cristianos de nuestros días, y los de los primeros siglos; con todo eso la regla no se ha mudado; Jesucristo ni ha dispensado, ni ha mitigado el rigor de su ley, ni la santidad de su doctrina; ¿pues cuál será nuestra suerte?

El evangelio es del cap. 20 de san Mateo.

In illo tempore, accessit ad Jesum mater filiorum Zebedaei cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Possumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est à Patre meo.

En aquel tiempo se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual le dijo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió ella: Manda que estos dos hijos míos se sienten uno á tu diestra, y otro á tu siniestra en tu reino. Respondiendo, pues, Jesus, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Le respondieron: Podemos. Dijoles: Beberéis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

DE LOS DESEOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que toda la felicidad de la otra vida consiste en cumplir todos nuestros deseos, y toda la felicidad de esta en mortificarlos y en anonadarlos. Es decir que, para ser dichoso en este mundo, es preciso no desear cosa alguna de él. Nuestros deseos son nuestros mayores tiranos.

Crecen los deseos al paso que se cumplen. Lo mismo es entrar en posesión de lo que se desea, que comenzar á desearse otra cosa; de suerte que la posesión los fomenta, y no los satisface. Desea el corazón aquel cargo, aquel empleo, aquel feliz suceso; porque, alucinado de los sentidos, y engañado por la falsa opinión de los hombres, juzga que, logrado el suceso y conseguido el cargo, quedará satisfecho. Consiguiólo; pero, hallando por experiencia que aquello solo fué echar una gota de agua en un horno encendido, pone la mira en otros objetos que se le representan como bienes capaces de apagarle la sed. Logrólos, y se queda mas sediento que estaba antes. No hay bien criado que no deje en el alma un gran vacío. Los deseos son enemigos irreconciliables de nuestra quietud. Con razón se dice que el deseo es un martirio. Son nuestros deseos como accesiones y crecimientos de calentura causados por alguna pasión; ¿qué mucho que nos atormenten? La ambición, la cólera, la codicia, la lujuria y la avaricia son como diferentes especies de hidropesía; cuanto mas se bebe, mas sed se padece. Nuestros deseos son los que consumen y gastan la salud con los cuidados que engendran, con las fatigas que causan, con los enfados

que traen, y con los gastos que ocasionan, haciendo expender mucho para conseguir nada. ¡Buen Dios, qué dichosos seríamos todos, si en nuestra condicion, en nuestro estado, en nuestra oscuridad ó en nuestra mediocridad de fortuna se apagaran nuestros deseos! Si examinamos la causa de nuestras inquietudes, y si buscamos el origen de nuestras desazones, no hallaremos otro. El hombre verdaderamente dichoso en este mundo es aquel que nada desea; ciéguese este manantial envenenado, y al punto gozaremos un gran sosiego y una dulce tranquilidad; porque elevándose el alma sobre los bienes criados, hallará en Dios todo lo que puede desear. Tanta verdad es que solo Dios puede llenar nuestro corazon, solo él puede contentarle, solo él puede satisfacerle; sea solo Dios el objeto de todos nuestros deseos, y desde luego seremos dichosos y felices.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, siendo los deseos enemigos de nuestra quietud, hacemos muy mal en no cortar la raiz, convenciéndonos de la vanidad de su objeto, y ocupando el corazon en otros bienes mas sólidos. Discurremos por todos los estados de la vida; fijemos la atencion en todos los bienes criados; nada hallaremos que baste á llenar y satisfacer nuestra alma. Salomon hizo una triste experiencia de esta verdad. Nada negó á sus sentidos; derramado su corazon en todo género de deseos, todos los satisfizo; pero ¿los contentó por eso? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad*, exclamó desengañado. Vasta capacidad, grandes alcances, abundancia de bienes, honores, dignidades, distinciones, gran fama, sabiduria humana, todo es vanidad; solo Dios puede llenar este corazon; solo Dios le puede satisfacer; solo Dios puede hacer que esté contento y tranquilo. ¿Para qué desear otra

cosa que á solo Dios? Solo el desear este infinito bien es un bien inestimable; él tranquiliza el alma, y él le da á gustar aquello mismo que desea. Amase á Dios desde el mismo instante en que se tiene verdadero deseo de amarle. Respecto de los bienes criados, el primer trabajo del hombre que los desea, es el deseo mismo. Respecto del soberano bien, que es Dios solo, el verdadero deseo de poseerle es en cierta manera como acto y principio de posesion. ¿Hay por ventura algun trabajo en desear ama, servir y poseer á Dios? Para ser feliz en esta vida, es indispensable que Dios nos sea todo en todas las cosas, como nos lo será en la otra. Los bienes de esta vida se desear con ardor, y se poseen sin gusto. La posesion de Dios es inseparable de una alegría y de un gusto, que es nuevo cada dia y cada instante. El motivo porque nunca vivimos contentos en la tierra, es porque no se hace reflexion á lo que se tiene, sino á lo que no se tiene. Solo Dios, el cual solo es todos los bienes, el único bien y el soberano bien del hombre, no deja lugar á otros deseos. Un solo deseo basta para excitar, irritar encender todas las pasiones; por el contrario, el deseo del sumo bien sufoca á todas estas fieras. Por eso siempre fué, y siempre será verdad que no puede haber en el mundo hombre verdaderamente feliz, sino aquel que desea á solo Dios.

Divino Salvador mio, ¿cuándo ha de llegar el caso de que yo haga esta dichosa experiencia? Mis deseos son mis tiranos, y lejos de libramme de su malignidad, solo he procurado sujetarme mas y mas al yugo u tiranía. Dignaos, Señor, sacarme de esta esclavitud; no, Dios mio, desde hoy nada quiero desear sino á solo vos.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in celo? et à te quid volui super terram?
Salm. 72.

¿Qué tengo yo que desear, Dios mio, fuera de vos en el cielo y en la tierra?

Omne desiderium averte à me. Eccl. 23.

Apartad, Señor, de mi corazon todo deseo de las cosas criadas.

PROPOSITOS.

1. Conviene desear pocas cosas en la tierra, decia san Francisco de Sales, y conviene desearlas poco. Quanto mas hay que desear, mas hay que temer en esta vida, y por eso ninguno puede ser en ella feliz; á la medida de los deseos son los temores; quanto mas se desea, mas se teme. Si quieres ser dichoso en este mundo, nada desees que tú puedas perder, ó que te pueda perder á tí, Diríjanse á Dios todos tus deseos: este es el único objeto que los puede satisfacer: está siempre de centinela contra estos enemigos de tu quietud, ahógalos luego que nazcan; y si burlasen tu vigilancia, déjalos apagar por falta de cebo. El alma entregada á sus deseos es muy digna de compasion; si los quieres contentar, te desecarán á fuerza de cuidados y de disgustos.

2. En el caso que no puedas cegar el manantial de tus deseos, evita por lo menos que se derramen y se extiendan; modera su viveza, y desconfía de la falsa brillantez con que se representan sus objetos. Es gran medio para ahogar los deseos luego que nacen, el no querer sino aquello que Dios quiere. Sea la voluntad de Dios la regla y la medida de tus deseos, y presto los verás todos sofocados. Persuádetes de que los deseos siempre son efectos naturales de las pasiones; y desdichado de aquel que se hace esclavo de ellos. No es medio menos eficaz para refrenarlos el



S. ANA.

MADRE DE LA SANTISIMA VIRGEN.

pensamiento de la muerte; lo que esta hace con ellos, hace tambien su memoria poco mas ó menos. Los mas vivos deseos se debilitan con las fuerzas, y se acaban cuando se acaba la vida. ¿Con qué ojos se miran en la hora de la muerte esos fantasmones de grandeza, de felicidad y de fortuna? Entonces solo Dios enciende todos los deseos del alma. La misma virtud tiene en vida la memoria de la muerte; todos los deseos se estrellan contra la sepultura; ninguno subsiste hasta mas allá de la vida, y ni aun duran tanto como ella; basta la menor enfermedad para embotar todos sus filos. Pero valga la verdad; aunque nuestros deseos no nos ocasionaran tantos disgustos, aunque no encontraran tantos tropiezos, ¿merecerian el trabajo que cuesta el satisfacerlos? ¡Ah, y qué bueno es vivir y morir con solo el deseo de amar y de poseer á Dios!

DIA VEINTE Y SEIS.

SANTA ANA, MADRE DE LA SANTISIMA VIRGEN.

No se puede formar concepto mas noble, mas elevado ni mas cabal del extraordinario mérito, de las heroicas virtudes y de la sublime santidad de santa Ana, que diciendo fué madre de la Madre de Dios. Esta augusta cualidad comprende todos los honores, excede todos los elogios; y así como el mismo Espiritu Santo no pudo decir cosa mayor de María, que decir que de ella nació Jesus, *de qua natus est Jesus*, así tampoco es posible elogio mas glorioso de santa Ana, que afirmar que de ella nació María.

Santa Ana, pues, á quien los santos padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios, que suspiraban por la venida del Mesías, nació en Belen, de la tribu